

EL MONASTERIO DE LOS PECADOS

Cuento sobre la vida espiritual y arquitectónica de los monasterios y sus secretos.

Enclavado en la selva amazónica del sur de un país recién conquistado por Gonzalo Jiménez de Quesada, se encontraba un monasterio cuya majestuosidad era admirada por muy pocos debido a los caminos silenciosos que tenían como misión, mantenerlo aislado del bullicio de los asentamientos étnicos y de la vida pagana. Era el Nuevo Reino de Granada, -la actual Colombia- donde se encontró el lugar ideal para construirlo. Los misioneros jesuitas que se habían propuesto evangelizar a la raza de bronce, querían tener un espacio diseñado para favorecer la contemplación, el aprendizaje y la disciplina espiritual, por eso le habían solicitado a la corona los recursos para que su edificación fuera única en el nuevo continente. Su estructura, organización y atmósfera evocaba una sensación de recogimiento, misterio y trascendencia, donde el tiempo parecía adquirir una cadencia distinta y las prioridades se reordenaban en torno a lo esencial.

La espesa selva que rodeaba aquel monasterio era un universo verde y húmedo, donde la luz del sol apenas lograba filtrarse entre la maraña de árboles centenarios y lianas entrelazadas. El aire estaba impregnado del aroma terroso y fresco de la siempre húmeda vegetación, y el canto de aves exóticas se mezclaba con el murmullo constante de insectos y pequeños mamíferos que se refugiaban de los depredadores. Los árboles, gigantescos y cubiertos de musgo, elevaban sus copas al cielo, creando un dosel impenetrable salvo por destellos dorados que caían como bendiciones dispersas los días soleados. Orquídeas y bromelias florecían entre las ramas, flores endémicas y por demás exóticas, mientras que las raíces aéreas colgaban como cortinas, ocultando senderos secretos que solo los más atentos podían descubrir.

En los claros, la humedad se condensaba en charcos donde ranas diminutas y coloridas saltaban entre hojas caídas, y mariposas de alas iridiscentes revoloteaban entre el follaje. Mil tonalidades de verde en plantas y árboles descomunales que cautelosamente interrumpían el paso de los osados nativos caucanos que se atrevían a adentrarse en los laberintos estrechos, en busca de

frutos y animales domésticos. El departamento de Cauca, en esa época ya era conocido como la estrella hídrica gracias a su franja costera de mangle, selva húmeda y estuarios que desembocan en el Océano Pacífico, por eso las lluvias eran frecuentes y abundantes, nutriendo la tierra y llenando de vida cada rincón, pero también envolviendo el paisaje en una niebla misteriosa que reforzaba la atmósfera de recogimiento y aislamiento. Aquella selva representaba tanto un desafío físico como espiritual, un espacio donde lo sobrenatural se sentía cercano y lo cotidiano se volvía sagrado bajo la sombra protectora de los árboles.

En el centro del monasterio se encontraba el claustro, un patio rectangular rodeado por galerías cubiertas. Este espacio servía como eje de la vida cotidiana, lugar de paso y encuentro silencioso, rodeado por jardines cuidadosamente cultivados por hábiles manos. Ese lugar, el claustro, estaba flanqueado por los edificios principales: la iglesia, el refectorio, la biblioteca, la sala capitular y las celdas, habitaciones individuales donde cada monje dormía y donde por las noches en algunos, no en todos, sucedían cosas muy extrañas con pinceladas de crueldad.

En los primeros monasterios de América, además de la vida religiosa y espiritual, ocurrían sucesos extraños que poco tenían que ver con la fe. Por ejemplo, se daban casos de tráfico de objetos valiosos provenientes de los pueblos originarios, ya que algunos monjes o visitantes utilizaban la ubicación aislada del monasterio para esconder y negociar piezas de oro o piedras preciosas. También existen relatos sobre experimentos médicos o botánicos realizados en secreto, aprovechando la vasta biodiversidad de la selva y la presencia de plantas desconocidas para los conquistadores. En ocasiones, se reportaban desapariciones misteriosas tanto de nativos como de algunos religiosos, alimentando leyendas sobre túneles secretos y pasajes ocultos en las construcciones. Además, los monasterios servían de refugio a fugitivos o contrabandistas, quienes, protegidos por el aislamiento y el silencio del entorno, llegaban a establecer redes clandestinas lejos del control de la Corona. Todos estos sucesos contribuían a la atmósfera de misterio y recogimiento, haciendo que los monasterios fueran espacios donde lo inexplicable convivía con lo cotidiano.

Era en el claustro, donde Armando Villaseñor quien había llegado a vigilar que todo estuviera en orden, elegía a su presa. Astuto y precavido, jamás sospechó de él, el abad, máxima autoridad y guía espiritual del monasterio. Al fin de cuentas no podría decir nada ya que habían sido órdenes directas del reino español el que lo recibieran con trato especial y le adjudicaran, además, una espaciosa habitación; siendo esta la única diferente en aquel lugar de ensueño. Por otro lado, Villaseñor se las ingeniaba y cada determinado tiempo enviaba noticias a la reina Isabel como era lo pactado. Pero las misivas únicamente mencionaban aquellas situaciones relevantes que no lo comprometían; él sabía que los intereses del reinado tenían que ver con las riquezas materiales de los pueblos conquistados, oro y piedras preciosas que en el monasterio no hacían falta, por eso, hacía y deshacía a sus anchas. Era en verdad un individuo astuto, frío y calculador, un demonio que se escondía tras la capucha del hábito monástico.

-

La iglesia o capilla como en todos los monasterios era el corazón espiritual del complejo, con una arquitectura sobria pero majestuosa: arcos elevados, vitrales coloridos que filtraban la luz en haces multicolores, y frescos que representaban escenas de la vida espiritual. Obras de reconocidos artistas que influenciaron el arte religioso y la arquitectura que llegaba al nuevo mundo. Sobresalían las de Michelangelo Buonarroti, el destacado pintor de la Capilla Sixtina y arquitecto de la cúpula de la Basílica de San Pedro en Roma; de El Greco, conocido por El Entierro del Conde de Orgaz y Vista de Toledo, obras que marcaron el arte sacro en España y hasta del mismo Leonardo da Vinci, reconocido por La Última Cena y La Mona Lisa; de todos ellos y otros no menos importantes llegaban lienzos, arte tallado en madera y mármol para que lucieran en las paredes y pasillos de este y otros monasterios del basto continente, patrimonio que si hubiera tenido valor en aquellas épocas debido a que esos grandiosos artistas que apenas iban logrando popularidad, no hubieran sido enviados. Tal vez el destino y la misma razón divina les estaba devolviendo en pago por todas las riquezas que por más de cuatrocientos años estuvieron saqueando de los pueblos conquistados.

Estas figuras y sus obras influyeron en la decoración de iglesias y monasterios de América, inspirando a artistas locales y misioneros que buscaban transmitir la espiritualidad europea en el nuevo continente y por ese motivo el altar ocupaba el centro, rodeado de bancas de madera y, a menudo, de un coro donde se entonaban cánticos diarios.

Esta iglesia estaba decorada con esas reliquias y obras de arte sacro, que invitaban a la contemplación. Sobre el retablo se erigía la virgen de Fátima, que representaba en ese contexto la advocación de la mismísima virgen María, fue ahí, en ese monasterio donde dio inicio la historia, que narra cómo los feligreses, tiempo después, la tomaron como la patrona de Colombia, porque los milagros que hacía eran en verdad generosos. En paralelo, muy lejos de ese lugar, en el cerro del Tepeyac, en una colonia conquistada por Hernán Cortés una virgen morena, llamada la guadalupana se le aparecía a un indígena llamado Juan Diego, dejando estampada su imagen en su tilma, y así como estas apariciones, las representantes de la madre de Jesucristo hacían acto de presencia en todos los pueblos de América, como parte de la alianza católica; estas deidades en muchos de los contextos entraban por la puerta grande de las majestuosas basílicas, pero siempre mostrando su bondad con milagros de sanación, conciliación o suerte.

La virgen de Fátima en el Reino de Granada, hoy Colombia, sorprendió por sus grandiosos milagros, figuran los de sanación, pero uno que sucedió mucho tiempo después, fue “El Milagro del Sol”, un fenómeno celestial donde el sol parecía girar, emitir colores y acercarse a la Tierra, presenciado por miles de personas durante su última aparición el trece de agosto de mil novecientos diecisiete.

Este y otros milagros han fortalecido la fe de quiénes los han experimentado y describen como testimonio la capacidad de la virgen para intervenir en situaciones médicas desesperadas. Hoy en día la devoción a la virgen de Fátima en Colombia es tan intensa que muchos consideran que su intercesión es una fuente de esperanza y consuelo para quienes la buscan por ayuda espiritual y física.

Los habitantes del monasterio, sobre todo, aquellos que recién se enfilaban al catolicismo, le rendían pleitesía porque los había librado de alguna enfermedad

incurable; de hecho, algunos de sus predecesores en la actualidad son parte de los Caballeros de la Virgen, también conocidos como Heraldos del Evangelio, una fundación católica en Colombia dedicada a promover la devoción a la Virgen María a través de la oración, la liturgia y el apostolado. Su labor consiste en difundir la fe, atraer a los católicos no practicantes, formar a jóvenes en la vida consagrada y llevar la imagen de la Virgen a los hogares a través de actividades como la catequesis, las misiones y la visita a los enfermos.

-

Las bancas espléndidamente maqueadas que se enfilaban frente al retablo de la iglesia del monasterio muy a menudo eran usadas por algunos monjes que lloraban su desgracia, mientras otros se daban golpes de pecho y pedían perdón porque habían sentido placer cuando Armando Villaseñor los arremetía por las noches para saciar sus instintos carnales. Luego los amenazaba con quitarles la vida si confesaban algo de lo que sucedía en aquella habitación que le habían provisto.

Entre los muros del monasterio, además de los rezos y las labores cotidianas, se respiraba una atmósfera de misterio y vigilancia constante. Los rumores sobre sucesos inexplicables y presencias inquietantes circulaban en voz baja, alimentando la imaginación de los más jóvenes y recordando a todos que, más allá de la disciplina y la fe, la maldad podría presentárseles en cualquier momento y aquellos que se atrevían a recorrer los pasillos a altas horas de la noche y escuchaban susurros y observaban sombras moviéndose entre los jardines iluminados apenas por la luna, preferían callar, dejando el castigo en manos de la virgen.

-

El refectorio era una sala amplia con mesas largas donde la comunidad se reunía para ingerir los sagrados alimentos. En ese lugar y en la gran mayoría de los sitios reinaba el silencio, el cual era interrumpido únicamente por lecturas edificantes o rezos previos a los alimentos. Las cocinas, ubicadas cerca del refectorio, eran espacios laboriosos donde se preparaban alimentos sencillos y

saludables, fieles al espíritu de austeridad. Uno de los cocineros fue la primera presa que Armando Villaseñor comenzó a acosar.

Julián, cuya presencia iluminaba los pasillos sombríos del monasterio, poseía una belleza serena que contrastaba con la austera vida entre los muros de piedra. De mirada profunda y voz apacible, era conocido por su devoción sincera y su entrega absoluta al servicio de Dios. Sus manos, hábiles en la cocina y delicadas en el cuidado de los jardines, revelaban una sensibilidad que lo hacía querido entre las personas monásticas. Aunque no había preferencias ni trato especial para ninguno de los habitantes, excepto el de Armando Villaseñor, las máximas autoridades le tenían un especial y escondido aprecio. Sin embargo, aquella pureza interior del joven pronto se vio amenazada por la astucia perversa de quien supo encontrar las grietas en la fortaleza espiritual del monje.

A través de insinuaciones veladas y encuentros nocturnos envueltos en sombras, Armando logró sembrar la confusión en el corazón del joven monje. Julián, antes seguro de su vocación y de su amor por lo divino, comenzó a cuestionarse el sentido de sus votos y a sentir un doloroso distanciamiento de la paz que solía habitar en sus días. Las oraciones, que antes le ofrecían consuelo, ahora le parecían vacías y huecas, y las horas de contemplación se llenaron de dudas y sobresaltos. El peso del secreto y el temor a la amenaza lo aislaron de la comunidad, incrementando la soledad y el desconcierto en su alma. Bajo la mirada atenta del claustro y el rumor constante de la selva que lo rodeaba, Julián luchó en silencio con las sombras que Armando había traído a su vida, intentando recuperar, entre lágrimas y plegarias, el amor por Dios que alguna vez le había dado sentido a su existencia. Comenzó a caer en depresión, afectándole el estado del ánimo manifestado principalmente con un gran abatimiento, sensación de infelicidad, desinterés profundo por la vida y sentimiento de culpa, y aunque comenzó a tomar infusiones de hipérico, una planta eficaz contra el desánimo y las depresiones, fue en vano y una noche sin que nadie lo sospechara amaneció sin vida justo en la puerta de la habitación que le habían destinado al despiadado de Villaseñor, quien fuera el primero en descubrir el cuerpo, luego de que horas antes había sido

embestido por enésima ocasión por el depravado, que no sintió pena alguna cuando lo vio sin vida al pie de su puerta.

Al parecer muy a menudo sucedían hechos de esa naturaleza en los demás monasterios y este no sería la excepción, tal vez por eso no fue tanto el alboroto de las máximas figuras del recinto, ya que cuando le dieron sepultura dejaban en manos de Dios el perdón por haberse quitado la vida. Abel -el bibliotecario-, sin embargo, sufría por la pérdida del monje, con quien no se había atrevido a platicar sobre sus sentimientos y algunas noches pasó en vela orando por su eterno descanso.

_

En la biblioteca, considerada sagrada, que en realidad era un refugio para el intelecto y la memoria, Abel cuidaba y mantenía en orden las estanterías que atesoraban manuscritos, libros antiguos, tratados filosóficos y textos religiosos. El ambiente en ese lugar era extremadamente silencioso, con mesas donde los monjes se sumergían en la lectura, la copia de textos y la reflexión, mientras Abel, la segunda presa de Armando Villaseñor procuraba no toparse con él, debido a que sintió desde el primer momento atracción y al mismo tiempo descontento pues presentía que la muerte de Julián tenía relación con el huésped del mal. El malvado de Armando Villaseñor comenzó a cortejarlo en silencio, mandándole dibujos de flores y pequeños haikús donde aparecía su nombre. De igual manera, internamente Abel había decidido no caer en la tentación, pero se acercó a él para disipar sus dudas. Eso provocó un extraño placer en Armando quien no cedería hasta conseguir su objetivo. Pero este jamás se cumplió.

Los dormitorios de los monjes, compuestos de pequeñas celdas individuales, eran humildes pero funcionales. Una cama sencilla, un escritorio y una silla conformaban el mobiliario básico. No faltaba en ninguna celda la biblia y el rosario, fieles acompañantes de los monjes quienes todas las noches antes de dormir, los usaban como parte de su formación espiritual. Las ventanas permitían la entrada de luz natural y, en ocasiones, eran abiertas para que el sofocante aroma de la majestuosa selva ayudara, facilitando la meditación.

Cuando Abel había entrado a la habitación de Armando quedó maravillado por la decoración y los lujosos muebles que se disponían dándole un toque de exagerada distinción y provocando sensaciones de envidia en quien entraba. Era indiscutible que la presencia de demonios flotaba sobre la atmósfera de aquel espacio que le habían otorgado y que en un primer momento estaba destinado para asistir a la reina cuando decidiera visitar el lugar. Cosa que jamás sucedió.

~

Quienes habitaban el monasterio formaban una comunidad entregada al ideal monástico, cada uno cumpliendo funciones vitales dentro de una jerarquía marcada por la experiencia, la sabiduría y la disciplina espiritual. Al frente se encontraba el abad, guía espiritual, encargado de velar por el bienestar colectivo y la observancia de la regla. Junto a él, el prior que asumía las tareas administrativas y de organización, asegurando que las labores y el ritmo de vida se mantuvieran en armonía con las normas establecidas. Este último, el prior, que había tomado los hábitos por sanar heridas del pasado comenzó a sospechar de Armando Villaseñor y empezó a vigilarlo con cautela.

Las personas monásticas, conocidas como monjes o hermanas según la tradición y el monasterio, eran el grueso de la población del recinto. Pero este monasterio era exclusivo para los varones quienes constituían el núcleo de la vida cotidiana, dedicando sus horas al estudio, la oración y el trabajo manual. Entre ellos se distinguían los novicios, quienes querían iniciar su proceso de formación y aún no habían profesado sus votos solemnes, aprendiendo los misterios y responsabilidades de la vida monástica bajo la tutela de sus mayores. Algunos monasterios contaban también con postulantes, pero este no desperdiciaba el tiempo en eso, así que después del noviciado adquirían la insignia que los ubicaba dentro del gremio de los monjes quienes aprendían a discernir su vocación dentro de la comunidad y participaban en las actividades según sus capacidades.

Otros cargos esenciales incluían al bibliotecario, custodio de la memoria y del saber antiguo y fue Abel quien, al mostrar respeto por los textos, al que comisionaron para tal puesto; también estaba el sacristán, responsable de los

objetos y espacios sagrados; y el maestro de coro, encargado de guiar la música y los cánticos litúrgicos. Las personas encargadas de la hospedería responsables de atender a quienes llegaban en busca de refugio o consejo espiritual, personificando la virtud de la hospitalidad. Pero a este monasterio casi no asistían personas pidiendo alojamiento, debido a que, para llegar a él, era en verdad demasiado complicado.

Cada rango y función estaba orientado a fomentar la disciplina interior, el aprendizaje y el servicio comunitario, tejiendo así una red de apoyo y de crecimiento espiritual que trascendía el espacio físico y la rutina diaria.

~

A pesar de que la vida en el monasterio era regida por una estricta rutina, marcada por las campanas que anunciaban las distintas actividades del día, por las noches cambiaba abruptamente el silencio y la meditación, sobre todo en aquella habitación donde se alojaba el demonio disfrazado de cordero.

Armando Villaseñor, figura central en la inquietud del monasterio, arrastraba consigo una sombra que parecía enraizarse más allá de los muros sagrados. Nacido en el seno de una familia marcada por la ambición y el deseo de poder, desde temprana edad experimentó rechazo y violencia, lo que fue forjando en él una personalidad hermética y calculadora. La ausencia de afecto genuino y el constante afán de sobrevivir en un entorno hostil moldearon a Armando en alguien incapaz de entregar confianza ni de permitir que la empatía floreciera en su interior.

Su adolescencia estuvo teñida por el dolor y la transgresión: fue testigo y partícipe de actos que desdibujaron los límites entre el bien y el mal, aprendiendo a manipular para protegerse y obtener lo que deseaba. El paso por círculos donde la traición era moneda corriente y la lealtad un concepto difuso, le enseñaron a disfrazar sus intenciones tras una fachada de amabilidad y solemnidad. Fue con la ayuda de un familiar de su madre que trabajaba atendiendo las necesidades primarias de la reina Isabel, que logró la aprobación para ingresar al séquito que se estaba fortaleciendo en el monasterio; la reina vio en aquel joven de mirada suspicaz el aliado perfecto para tener noticias de primera mano. Y aunque al inicio

Armando había tomado la decisión de buscar refugio entre los muros del monasterio, con la esperanza de encontrar redención, pronto las viejas costumbres regresaron, alimentadas por la soledad y el deseo de aprobación.

La atracción que sentía hacia Abel era la manifestación de viejas heridas, una búsqueda desesperada de pertenencia y reconocimiento. Sin embargo, el rechazo del bibliotecario despertó en Armando una antigua necesidad de control, de forzar las circunstancias hasta doblegarlas a su voluntad. El placer que encontraba en la persecución silenciosa era un eco de las luchas internas que nunca logró apaciguar. Armando se movía entre la culpa y el goce, entre la máscara de devoción y el abismo de sus propios demonios, convirtiéndose así en el espectro inquietante que perturbaba el equilibrio espiritual del monasterio.

-

El horario típico comenzaba antes del amanecer, con oraciones y meditaciones colectivas en la iglesia. Las jornadas se dividían entre el trabajo manual, el estudio, la lectura y los oficios religiosos. Todos los habitantes entraban a la iglesia cargando su biblia y el rosario turnándose para exponer dudas sobre los salmos o pasajes bíblicos que no entendían.

El trabajo manual era fundamental, tanto para la subsistencia del monasterio como para la formación espiritual. Se cultivaban huertos, se cuidaban animales, se elaboraba pan, queso, vino o cerveza, estando a cargo de esto último Armando Villaseñor, razón por la cual en su habitación nunca faltaron las jarras del líquido embriagante, que al ser ingeridas despertaban su instinto animal.

Para elaborar la cerveza tenía bajo su mando a seis novicios que el mismo había seleccionado. Debido a su intrépida forma de vivir en el pasado tenía experiencia en este y otros oficios mundanos, así que pronto capacitó a los jóvenes aspirantes en las cinco etapas principales para elaborar la cerveza artesanal: molienda de malta, maceración para extraer azúcares, cocción con el lúpulo, fermentación con levadura para convertir los azúcares en alcohol, y finalmente, maduración y acondicionamiento para obtener el sabor y gasificación deseados. Cada uno de los aprendices realizaban con gran cuidado la tarea asignada por

Armando; también, a cada uno de ellos los engatusaba con argucias y melosas historias hasta que los convencía para llevarlos a su habitación con el cuento de que había que probar el producto antes de embotellarlo.

Como era de esperarse varios de los novicios desertaron, pues creían que al haber pecado no eran merecedores del hábito monástico, pero eso al responsable de esos hechos, no le preocupaban ya que era muy común que los jóvenes desertaban por diversas razones, así que cada mes tenía presas nuevas bajo su control.

El trabajo en la tierra era visto como una extensión de la oración, una forma de conectar lo material con lo trascendente, mientras que el estudio y la enseñanza ocupaban otro lugar destacado ya que el recinto tenía un centro de formación donde se impartían clases de filosofía, teología, literatura, música y arte. La copia de manuscritos y la conservación de libros había sido históricamente una de las principales aportaciones del lugar al mundo intelectual.

Los oficios religiosos marcaban los momentos más importantes del día: laudes, vísperas, completas y la misa diaria. La música sacra, los cantos gregorianos y los rezos comunitarios creaban una atmósfera envolvente que transportaba a quienes participaban en ellos a una dimensión más profunda del ser; así sucedía con todos en el monasterio excepto en los novicios arrepentidos y en la mente de Armando Villaseñor. El silencio era una constante, sólo interrumpido por la palabra consagrada o la enseñanza. Este silencio, lejos de ser vacío, estaba lleno de significado y propósito; protegía la concentración, favorecía la introspección y ayudaba a mantener la armonía colectiva, misma que se irrumpía cada que Armando se embriagaba a escondidas en su morada.

-

El monasterio estaba impregnado de simbolismo, desde la disposición arquitectónica hasta los objetos y rituales cotidianos. El claustro representaba el camino hacia el centro espiritual; la iglesia, la unión con lo trascendente; el silencio, la ausencia de distracciones mundanas. Cada elemento tenía un propósito y una enseñanza. En cada rincón del monasterio se sentía el peso de los

secretos y la vigilancia constante. Las historias de varios novicios desertores y sobre todo las de Julián y Abel eran solo ejemplos de cómo la presencia de Armando Villaseñor había alterado la armonía cotidiana, dejando huellas indelebles en el ánimo y el espíritu de quienes compartían el claustro. El miedo y el silencio se volvieron compañeros inseparables, mientras los monjes buscaban refugio en la rutina y la fe, intentando sobrellevar las heridas invisibles que marcaban sus días y noches.

La vida monástica se basaba en la práctica de valores como la humildad, la obediencia, la compasión y la paciencia. Las reglas internas, conocidas como “reglas monásticas”, guiaban la conducta y las relaciones entre las personas. Estas reglas enfatizaban la importancia del desapego, la sencillez y la dedicación absoluta a la búsqueda espiritual. También en aquel recóndito lugar se pretendía que los feligreses encontraran un espacio de sanación interior. Muchos de los monjes llegaban a él en busca de respuestas, paz o redención. Ahí, el tiempo se vivía de otra manera, el ritmo se ralentizaba y cada acción era realizada con atención plena. La espiritualidad no era sólo una teoría, sino una experiencia diaria.

Además de los espacios principales, el monasterio tenía jardines botánicos, huertos medicinales, talleres de carpintería y cerámica. Estos espacios promovían el aprendizaje práctico y la autosuficiencia, y permitían a cada persona descubrir sus talentos y contribuir al bienestar común.

En los jardines, la disposición de plantas y flores seguía los principios simbólicos, donde cada especie representaba una virtud o aspecto espiritual. Los huertos medicinales cultivaban hierbas usadas en remedios tradicionales, reflejando el conocimiento ancestral de la naturaleza. De entre ellas se había cultivado la amapola que al inicio tenía una intención curativa y Armando sabía que de la vaina verde de la planta se obtenía un narcótico llamado opio, altamente adictivo, el cual requería un procesamiento mínimo antes de su consumo. Enseñó a los jardineros para que pudieran extraer la esencia de la flor y convertirla en la droga que al ser consumida provocaba comportamientos extraños, razón por la que solamente el astuto inquilino del mal se había auto encargado del producto, manifestando que debía ser enviado a España por órdenes de la corona.

Lo cierto era que por las noches la consumía provocándole un impetuoso apetito sexual que saciaba con el monje que se le antojaba. Con varios se daba placer excepto con el bibliotecario que se resistía a entregarse a pesar de asistir en ocasiones a su habitación, a deleitarse con el licor que melosamente le daba para convencerlo, pero siempre salía limpio y en silencio para no ser visto por el abad al salir del misterioso lugar que encerraba tantos secretos y pecados. Pero una de esas noches el prior que ya tenía semanas vigilando los extraños acontecimientos y el comportamiento de los monjes, sobre todo de aquellos que tenían una belleza no solo espiritual, siguió a Abel al salir de la habitación y lo obligó a que le contara que era lo que tanto hacía y a esas horas de la noche con Armando. Le tuvo que mentir, por temor a ser castigado, diciéndole que le ayudaba a comprender algunos manuscritos que tenían que ser traducidos. Que por esa razón eran tan continuas sus visitas pero que no se preocupara, que si aquello era algo que no debería seguir haciendo acataría las indicaciones e incluso el castigo en caso de que hubiera. Al parecer lo convenció, pero este acontecimiento estaba orillándolo a tomar otras decisiones, mismas que llegaron demasiado pronto.

-

A lo largo de los siglos, todos los monasterios han sido motores de cambio y conservación cultural. En ellos se han preservado conocimientos, se han desarrollado escuelas de arte y música, y se han impulsado obras de caridad. Han protegido y transmitido tradiciones, lenguas y valores, sirviendo como puentes entre épocas. Pero también se guardan secretos que no salen a la luz pública por no dañar la imagen y el respeto que se han ganado por sus aportaciones a la humanidad.

En muchos casos, los monasterios han dado origen a pueblos y ciudades, convirtiéndose en centros de desarrollo económico y social. Sus huertos y talleres han favorecido la innovación agrícola y artesanal. Sus bibliotecas han sido semilleros de ideas y su hospitalidad ha promovido el entendimiento entre personas de diferentes orígenes.

La influencia de los monasterios se extiende hasta nuestros días, tanto en el ámbito espiritual como en el cultural. Su arquitectura y organización han servido de inspiración para escuelas, hospitales e instituciones humanitarias. El legado monástico sigue vivo en quienes buscan una vida sencilla, centrada en valores y en la comunión con la naturaleza. Sin embargo, en algunos anidan hombres perversos que tratan de sacar de sitio la estabilidad de los residentes con argucias y mentiras.

La vida en el monasterio continuaba bajo la apariencia de orden y recogimiento, pero bajo esa superficie germinaba el rumor de inquietud que solo Abel, el bibliotecario, había sabido escuchar con atención. Observador y prudente, notó los cambios en el comportamiento de algunos monjes y la extraña procedencia de ciertas plantas. Las visitas furtivas a la habitación de Armando y los susurros cargados de secreto alimentaron sus sospechas. Además, el haber sido casi descubierto por el prior, lo estaba orillando a proceder o sucumbir ante los deseos del malvado de Armando.

Una noche, decidido a esclarecer la verdad, Abel siguió a Armando con habilidad y discreción. Lo sorprendió manipulando la esencia de la amapola y, sin que Armando lo notara, recogió pruebas de la sustancia y del tráfico clandestino. Con esa evidencia irrefutable, reunió el valor necesario para presentarse ante el abad y los consejeros del monasterio. Expuso con claridad todo el entramado: el uso indebido de los huertos, la fabricación oculta de la droga y los abusos cometidos por Armando amparado en la sombra con algunos residentes.

La Inquisición había sido excluida en las primeras décadas del siglo XVI y en América se habían instalado algunos tribunales en donde se castigaba sin dejar huellas en los cuerpos de los condenados, se revisaron los puntos que existían para los procesos que contienen acusaciones contra españoles relacionadas con malos tratos a sus encomendados, siempre que contuvieran un trasfondo religioso doctrinal por lo que las autoridades eclesiásticas tomaron la decisión de dejar el caso en manos de las del monasterio.

El juicio fue severo y público. Las autoridades, consternadas, después de haber escuchado el relato de Abel, así como el de algunos monjes arrepentidos que

habían sido violentados, contemplaron las pruebas y dieron su veredicto. Armando, enfrentado a la verdad y sin posibilidad de escape, fue apartado de su cargo y condenado a cumplir penitencia en absoluto aislamiento, privado de los privilegios y sometido a vigilancia constante. De igual manera para no dañar la imagen y el prestigio que se había ganado aquel lugar, no informaron a los reyes sobre lo sucedido; fueron muy enérgicos y en cierta forma incumplieron con las reglas establecidas ya que mandaron una carta a los monarcas informándoles que su informante había muerto por picadura de una serpiente venenosa.

El monasterio retomó entonces su rumbo; con la intervención de Abel, la comunidad recuperó la armonía, aprendiendo del dolor y del arrepentimiento para reforzar sus valores y la búsqueda sincera de sanación. De igual manera, para que concordara toda la historia tuvo que sincerarse con el prior, pidiéndole una disculpa por haberle mentido aquella noche en la que había sido sorprendido, ya que no podía por ese momento echar a perder un plan que había fraguado justo el día en que estaban dándole sepultura a Julián, la primera víctima de Armando Villaseñor y el amor secreto del bibliotecario.

Epílogo:

Fue así como aquel monasterio de construcción magnífica y templo de la espiritualidad aportó a la humanidad algunas hierbas medicinales y también es el culpable de que la siembra y tráfico de amapola se expandiera hasta Norte América, provocando disturbios a nivel internacional por el daño irreversible que ocasiona su mal uso.

Las obras de arte del recinto pasaron a formar parte del museo nacional de la República de Colombia fundado el año de mil ochocientos veintitrés, época en que sus creadores fueron reconocidos como los artistas renacentistas más importantes en el mundo.

En la actualidad el edificio que ocupara ese monasterio se encuentra en una zona urbanizada, debido a la tala indiscriminada de la selva amazónica y el departamento de Cauca, lo utiliza como un museo que durante las últimas generaciones ha preservado su valor cultural y natural.

Abel murió a los años debido a una infección abdominal, pero antes de fallecer había solicitado ser el encargado de atender al hombre que trató de cambiar su devoción, así que a diario iba a la celda donde viejo e irreconocible se observaba por la rendija de una puerta de acero a un hombre muerto en vida. Era Armando Villaseñor que pasó el resto de sus días enclaustrado, a pan y agua por haber realizado tantos actos vergonzosos y mancillado la creencia de los monjes de la época hasta que la muerte lo sorprendió.